

Un arpeggio de agua

Claudio Revuelta

Los vapores del sol
despiertan sueños
de la selva densa.
Abren los poros
de la ensoñación profunda.
Voy a la piedra
de la quebrada oscura
mojado por un suspiro
nocturno.
Se me anticipan
susurros cristalinos
que todo lo embriagan.
La voz del agua
canta en la espesura.
Dicen su belleza
la lengua de las flores.
Dejan aquí
su juventud primera,
su agua transparente,
su espasmo vegetal.

Veo el tiempo
rumiar sin apuro
en los helechos,
su fulgor inclinado
hacia el carozo estival
que engulle el río
como una lampaagua
con sed de frutas.
El sendero pálido
se adentra angosto
en el ramaje oscuro

y oigo murmurar

los dientes del aire
en los duraznillos.

Un laberinto
de sombras y hormigas
me crece entre los dedos.
Hay un gorjeo permanente
marcando el pulso
de la resolana.
Agitan lo diminuto.
Me convidan los pájaros
los andamios del cielo.

Atrás me sigue el río
y una constelación
de hilos verdes
crece en el perfume
de la hierba dormida.
La vida resplandece
recién parida.
La selva furtiva
esgrime su arpa melodiosa.
Su encordado invisible
propala hasta el sueño
la música del agua.
Se descuelgan
lianas embriagadas
como jaguares
de la estación lluviosa.
Arden las frutas rojas
en las ramas verdes
y el musgo cadencioso
liba su mantillo verde
sobre la piedra tostada.

El único rastro,

extraño y hostil,
es el sendero
hiriendo la espesura,
lavada ahora por la lluvia.
Es la selva temblorosa
la que me devuelve
a cada instante
su mirada enamorada,
mojándome gota a gota,
gajo a gajo,
la frente.

Debajo del ojo del cuarzo
guardo el corazón abierto
de los míos.
Pequeño recodo
donde descansa el mundo.
Un arpegio de agua
exhala el monte en las alas
de las mariposas.
¡Todo aquí
pertenece a la vida!
Es la voz amorosa
del agua cantando,
a escondidas
de los escombros,
de la humanidad.